

Veinte años (para la arquitectura contemporánea) no son nada... ¿O sí?

PILAR BIEL IBÁÑEZ, ASCENSIÓN HERNÁNDEZ MARTÍNEZ
y AMPARO MARTÍNEZ HERRANZ*

Veinte años no son nada, dice el tango, pero no es cierto. Hace veinte años, en 1999, se derribó de manera incalificable uno de los edificios más paradigmáticos y significativos de la arquitectura española del siglo XX, los Laboratorios Jorba (Madrid, 1965), del arquitecto Miguel Fisac. En aquel momento, una sucesión de errores, junto con la evidente mala fe y el deseo de hacer un sustancioso negocio con la venta del solar, permitieron que un edificio singular, raro en su contexto y en su momento, que no había sido catalogado y, por tanto, no gozaba de protección legal, fuera demolido pese a las llamadas de atención de diversas instituciones. Y con su derribo se produjo una tremenda pérdida para la cultura artística española.¹



Fig. 1. Estado actual del Teatro Cine Fleta.

* Universidad de Zaragoza.

¹ NAVASCUÉS PALACIO, P., "Demolición de 'La Pagoda'", *El País*, (Madrid, 27-VII-1999), https://elpais.com/diario/1999/07/27/madrid/933074655_850215.html, (fecha de consulta: 1-III-2019).

No es un caso único, pero sí uno de los más significativos. Las continuas demoliciones y vaciamientos (¡qué triste y exasperante el recurso al fachadismo, como si la arquitectura fuera eso, una máscara, y un edificio pudiera vaciarse como si de una momia egipcia se tratase!) de edificios del siglo XX, entre ellos la magnífica Casa Guzmán, del arquitecto Alejandro de la Sota (1972), en las proximidades de la capital, traza un panorama, desolador e inquietante.

Veinte años en los que pocas cosas han cambiado para algunos de estos edificios emblemáticos del siglo XX, en algunos casos, incluso, han ido a peor. En los años setenta, una década maldita para la conservación del patrimonio arquitectónico, se demolieron piezas espléndidas como el famoso Mercado de Olavide en Madrid (1933), obra de Francisco Javier Ferrero pionera en el uso del cemento armado en España. El mismo material que se utilizó con especial fuerza y originalidad en los laboratorios Jorba. Está claro que en los veinte años que median entre estos dos derribos no fuimos capaces de cambiar significativamente la situación.

Todavía hoy nos encontramos con edificios vandalizados, colonizados por gatos y otras especies —estas son las más pacíficas, hay otro tipo de colonos más bárbaros y virulentos que derriban y destruyen por el placer intrínseco a esta acción—, como la Fábrica Giesa Schlinder en Zaragoza, un imponente conjunto que bien podía ser aprovechado para convertirse en equipamiento para el desarrollo cultural del barrio de Las Fuentes. Construcciones abandonadas a su suerte, miradas con desprecio por los ciudadanos, que desconocen su valor y que pasean a su lado ignorándolas, tal y como sucede con el malogrado y transformado Rincón de Goya (Zaragoza, 1928, Fernando García Mecalá). Tal vez esto suceda porque desde la Academia no sabemos transmitir, pero en otros casos nos encontramos con dificultades y obstáculos. Nuestras opiniones al respecto y el valor de estas piezas se ocultan, se tergiversan y se menosprecian —véase lo sucedido con las Fundiciones Averly en la capital aragonesa—. Son edificaciones históricas que han caído en un olvido del que será difícil sacarlas si no existe una decidida acción institucional en pro de la recuperación de los testimonios más valiosos del siglo XX, que deben incluir necesariamente construcciones representativas de diversas tipologías. Incluso modestos conjuntos residenciales, como las viviendas levantadas por la Obra Sindical del Hogar, bajo el franquismo, que forman parte de la historia de nuestras ciudades.

La desidia, la incultura y la falta de presupuesto, sostiene la historiadora del Arte Anaxu Zabalbeascoa, se dan la mano a la hora de facilitar el final acrítico de muchos de los edificios que construyeron la modernidad en España (...).

*El rédito económico empuja al consumo arquitectónico más irresponsable de la historia de esta disciplina.*² Una búsqueda de la rentabilidad que parece, en algunos casos, contraria a la preservación de los valores culturales y elementos significativos de la arquitectura del siglo XX. Es necesario poner en cuestión las extrañas transformaciones y reutilizaciones de algunos edificios como centros comerciales —Cine Coliseo, Zaragoza, 1951—, las mutilaciones experimentadas por otros —Teatro Cine Fleta, Zaragoza, 1955 [fig. 1]—, así como el abandono en el que se encuentran muchos —Pabellón de los Hexágonos, galardonado con el primer premio en la Exposición Universal de Bruselas, ahora en Madrid, Corrales y Molezún, 1958; Fábrica Clesa, Madrid, Alejandro de la Sota, 1959—, que languidecen olvidados, a veces intencionadamente, como si alguien esperase que muriesen solos.

En un momento en el que el reciclaje, la recuperación, la sostenibilidad y el respeto al medio ambiente son máximas extendidas por todo el mundo, estos principios deberían ser aplicados igualmente a la conservación de nuestro patrimonio cultural, que incluye también las huellas materiales de la arquitectura contemporánea, por cercana que esta sea. Parece que seguimos concediendo más valor a la arquitectura histórica, por antigua, que a la contemporánea, pese a que su calidad y su historia sean igualmente valiosas. Prescindir de estas construcciones es una forma de suicidio cultural que no nos podemos permitir, porque se está produciendo una peligrosa homogeneización de la forma y la arquitectura de las ciudades contemporáneas que terminan siendo anodinas e impersonales, contenedores sin alma propia. Nosotros hemos heredado un patrimonio que debemos conservar e incrementar, que no podemos olvidar, porque *olvidar* (como decía José Saramago) *es la muerte definitiva, y si conseguimos no olvidar, aunque sabemos que no es posible guardar todo en la memoria, eso será prolongar la vida y los nombres de las personas, dotarlas de otra existencia.*³

Ser desmemoriados, ignorantes e inconscientes, es algo que no nos podemos permitir, por eso instamos a la Administración pública aragonesa a desarrollar medidas de protección efectivas para la conservación de la arquitectura del siglo XX. Se trata de obras que ha sido cuidadosamente identificadas y estudiadas gracias al trabajo colectivo en el que han participado tanto el Departamento de Historia del Arte con las investigaciones de Federico Torralba, Gonzalo M. Borrás y Manuel García Guatas, a las que seguirían una larga serie de tesis doctorales y estudios durante

² ZABALBEASCOA, A., "Peligro de demolición", *Babelia, El País*, (Madrid, 18-III-2017), pp. 2-3, espec. p. 2.

³ SARAMAGO, J., *Una guía para leer a José Saramago. De la estatua a la piedra. El autor se explica*, Alaguara, 2014.

más de tres décadas. Así como al trabajo de la unidad predepartamental de Arquitectura de la Universidad de Zaragoza desde 2008, del Colegio Oficial de Arquitectos de Aragón, responsable de una decisiva tarea de difusión a través de sus conferencias, exposiciones y publicaciones, y a la Real Academia de Bellas Artes de San Luis, además de otros colectivos sociales, APUDEPA entre ellos.

Casos como los de Averly, el Fleta, el cine Coliseo o Giesa Schindler, exigen una actuación inmediata, con respuestas imaginativas, en las que estén presentes nuevos paradigmas de utilidad sostenible y de participación social. Se conserva, sí, pero ¿para qué? ¿para quién? Y ¿cómo? Son preguntas que tienen fácil respuesta. Sólo hay que contar con las personas y profesionales capaces de contestarlas, que son muchos y están bien dispuestos. Objetivo: no dejar que trascurren otros veinte años; no fingir que, si estos edificios caen, no pasa nada...